

EL SOLTERON

Y SU CRIADA.

*Manuel Goyale
Bona*

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR D. T. G. S.

9-2

ACTORES.

Don Roque, viejo solteron.	+Don Ambrosio, mayordomo.
Don Jacinto, su hijo natural, baxo el nombre de Cárlos.	-Jorge, portero.
Doña Felisa, ama de gobierno.	Julianito, niño de siete años, hijo de Jorge.
Laura, muger de Jacinto.	

La Escena es estable en Madrid, en el quarto de Don Roque.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Jacinto, poniendo en órden los muebles del aposento de Don Roque.

Jac. Ya está vestido. Arreglémos, del modo que ayer estaba, su aposento...! Ah! ¡Padre mio! ¡Si la humillacion amarga que tu hijo infeliz padece, un dia te presentára las pruebas de su inocencia, contra la calumnia insana! ¡Si conocieras que solo el amor filial le manda, y no el interés, servirte

con tanto afan y eficacia!...
¿Pero quién viene aquí?... ¡Jorge!

ESCENA II.

Jacinto y Jorge.

Jorge. Gracias á Dios, que se os halla solo una vez, Don Jacinto...
Jac. ¡Imprudente! ¿no reparas que nombrándome me pierdes?

A

Jorge.

Jorge. Voto á... perdonad... ¡mal haya mi memoria!

Jac. ¿No te acuerdas de que aquí Carlos me llaman?

Jorge. Me acuerdo, y mucho me acuerdo; pero tambien se me pasa á veces: no os enfadeis; le doy á vm. mi palabra, que no se me olvidará aunque dos siglos pasáran.

Vaya ahora que estamos solos; hablad, decid sin tardanza:

¿en qué estado va el asunto?

¿lograis ya la confianza de nuestra ama de gobierno, y de Don Roque la gracia se ha podido adelantar?...

Jac. Aun mas de lo que pensaba; sin embargo, yo no vivo satisfecho hasta que Laura, mi querida esposa, logre introduccion.

Jorge. Pues contadla por segura.

Jac. ¡Ah! ¿y en qué forma? ¿baxo qué título? ¿quánta, quánta amargura esta idéa en mi corazon derrama!

¡Nosotros aquí sirviendo, confundidos en la casa

de mi padre entre la clase mas humilde!

Jorge. Sí: es desgracia, no hay duda: ¿mas por ventura, servir á un padre es infamia?

Era forzoso sufrieseis para que se vindicára vuestra justicia; y repito que es grande fortuna el que hayais conseguido entrar tan pronto.

Luego, vuestra esposa Laura, va á entrar tambien, pues ayer me dixo aquel camarada, amigo del mayordomo, que hoy enviaria la carta que se necesita.

Jac. ¿Quándo podré fidelidad tanta recompensar?

Jorge. ¡Uh! esto no es por interés, ni jactancia;

yo sí que nunca podré

pagaros el bien, que mi ama y madre vuestra me hizo.

Ella me amparó en su casa desde que era tamañito; si Jorge es honrado, si ama la verdad, sabed que es obra de su exemplo y su eficacia:

á vm. le ví yo nacer, y desde su tierna infancia me le encargó, hasta que entramos padecemos la desgracia de ver su muerte.

Jac. ¡Ay! ¿por qué, porque tan presto la parca le arrebató á mis caricias? Ella murió con la amarga pena de dexar un hijo abandonado á la gracia de un hombre, que aun en secreto no quiso esposa llamarla.

¡O! ¡dulce madre! previas de tu hijo la suerte infausta, quando cubierta del velo de la muerte, estas palabras me dixiste, que por siempre impresas tengo en el alma:
*sé de las virtudes hijo,
si nadie hay que se complazca
en darte tan dulce nombre.*

Enternecido.

Jorge. Señor, ¡por Dios!... no se de lo pasado... advertir, que aunque haya sido contraria hasta hoy la suerte, ya el cielo un nuevo rumbo señala.

Murió vuestra madre, es cierto, y vm. expuesto quedaba

al furor de la calumnia; mas tambien luego me manda Don Roque venir, y así descubro toda la trama; reconozco su carácter y sus opiniones raras; en fin me ocurre escribiros, ¿y cuándo? quando os hallabais tal vez ya desesperanzado: seguis al punto mis trazas, venis de incógnito, veis de cerca las asechanzas, se proporciona el que venga vuestra esposa de criada; y para el último golpe

ya es muy poco lo que falta.

¿Es esta poca fortuna?

Jac. Tienes razon.

Jorge. Pues constancia;
y por lo demas contad
que esa juventud lozana,
y esa modestia, os harán
dueño de la confianza
de Doña Felisa: y ¡ola!...
no sé qué decir... madama
tiene gusto.

Jac. ¡O! te diré...

lo mejor se me olvidaba:
ayer á solas conmigo
tuvo una sesion muy larga,
ponderó sus buenas prendas,
habló mucho de las varias
penas que sufre sirviendo;
y al fin añadió se hallaba
afligida, por no haber
una persona sensata
á quien descubrir pudiese
los secretos de su alma:
yo la apuré de manera,
que pienso que esta mañana,
segun ella dió á entender,
vendrá á decirme...

Jorge. ¡Caramba!

¿no lo digo yo? ¡Guardaos
si esas indirectas paran
en haceros una tierna
declaracion!... mas son vanas
mis sospechas; no es posible
que la niña se olvidára
de su interés: ese Ambrosio,
que vino á ocupar la plaza
de su difunto marido,
la ronda mucho y halaga,
y ella se muestra mas dura
que una piedra; no le agrada
la juventud.

Jac. Así pienso.

Jorge. Y yo pienso que en el alma
os detesta el tal Ambrosio.

Jac. No es mucho, quando maltrata
aun á su señor: á mas,
si en mi conducta repara,
acaso teme algun dia
perder por mí su privanza.

Jorge. Y lo teme con razon;
pues Don Roque se declara
á favor de vm.

Jac. Mas dulce

es para mí esa esperanza,
que la de su herencia. Sea
qual hijo ó sirviente; nada
me importa, con tal que pueda
merecerme al fin su gracia.

Jorge. ¡Que esos sentimientos reinen
siempre en Cárlos!

Jac. Siempre en mi alma
reinaron, Jorge: tal vez
algun tiempo la desgracia
los amortiguó; mas luego
viendo que un padre me ama,
sino con nombre de hijo,
como criado, su llama
renació con mas vigor,
y nunca será apagada
en mi pecho. He conocido
que el tiempo jamas alcanza
el remedio á nuestros males,
si hasta el fin de la jornada
la virtud no nos sostiene.

Jorge. Ya para el fin poco falta,
porque en breve vuestra esposa
va á dar... ¡Ola! ¿qué buscaba
Julianito?

ESCENA III.

Dichos, y Julianito con una carta en la
mano.

Jul. ¿Quién? ¿yo, padre?

Jorge. ¿Qué es eso?

Jul. Me dió esta carta

Se la entrega á Jorge.

mi primo Pasqual, y fuf,

sin hablarme mas palabra

se marchó; pero me voy

yo tambien, que si asomára

Don Ambrosio, reñiría

Vase

ESCENA IV.

Jacinto y Jorge.

Jorge. ¡Qué diablos será esta carta!
¿me permitis?...

Jac. Sí: ábrela:
¿en qué te detienes?

Jorge. ¡Vaya! Despues de haberla abierto.
¡si es cabalmente el socorro,
que ya impaciente aguardaba!
Es la recomendacion

para vuestra esposa Laura,
de aquel amigote mio,
que conoce mucho al maula
del mayordomo.

Jac. ¿Y qué dice?

Se la entrega á Jacinto.

Jorge. Leedla, y ved como prepara
la suerte un feliz suceso
despues de tantas borrascas.

Lee.

Jac. " Amigo Ambrosio : he sabido que
" buscabas una sirviente jóven para
" segunda de vuestra ama de gobier-
" no, y os envio una persona exce-
" lente para el caso en la dadora
" de ésta : sin duda quedaréis conten-
" tos con ella ; es bien nacida, jui-
" ciosa y dócil : y podrá perfeccio-
" narse baxo la direccion de Doña
" Felisa. Tuyo siempre , Torres. "

Jorge. Este es el último lance
de ventura ; por criada
se le introduce la nuera.

Jac. El cielo por fin se apiada
de este infeliz. *Se guarda
la carta.*

Jorge. Y creed,
que al momento queda en casa
con tal recomendacion.

Jac. Lo espero así ; tú derramas
en mi corazon un gozo,
que hasta hoy ; misero ! ignoraba.

En viéndola mi buen padre,
en escuchando aquella habla
de virtud y de dulzura,
no puede ménos de amarla.

¿ Tú no la has visto ?

Jorge. Sí tal.

Jac. Quizá habrás visto sus gracias,
todo su encanto ; mas ¡ ah !
no conoces aquella alma
de bondad , que de la mia
fué señora soberana
á la vez primera. Escucha,
(ya que hoy la paz y la calma
te debo) de mis amores
la historia sencilla y grata.
Tú sabes que abandonado,
misero , solo en mi patria,
despachado me alisté
soldado. Mi vigilancia
en el servicio , mi buena
educacion , y una rara

madurez , único fruto
de mis primeras desgracias,
me ganaron el favor
de mis Xefes. Ya empezaba
á gozar algun reposo,
quando por dicha me mandan
ir á Cuellar de bandera :
llego al pueblo , y me señalan
alojamiento en la pobre
choza de la hermosa Laura ,
á tiempo que perseguido
de la avaricia inhumana
de un acreedor poderoso,
su anciano padre esperaba
su victima ser. El llanto
que en su afliccion derramaba
esta virtuosa familia,
despedazó mis entrañas :
pago su deuda y alivio
su dolor : todos me abrazan,
todos á una voz de hermano
y de hijo el nombre me daban.
¡ que placer ! Nada en el mundo
desde aquel punto envidiaba.
Yo no pude mucho tiempo
resistir ; mi ardiente llama
declaré á Laura , y en breve
ante el altar nuestras almas
eterno amor se juraron.
Sus padres , ya de abanzada
edad , muriéron á poco ;
y obteniendo sin tardanza
mi libertad , el cultivo
del campo nos sustentaba.
Sin opulencia y sin ocio,
¡ quál mi afanar suavizaba
mi adorable compañera !
¡ quál entre inocente calma
se deslizaban mis dias !
Tal era , quando una carta
de tu amistad me previene
por menor todas las causas
de mi abandono. El estado
de mi padre , que me odiaba
engañado , mi inocencia,
la justicia , todo clama
que me vindique. En efecto,
solo con mi esposa amada,
vengo á Madrid , y mudando
las señas de nombre y patria,
entro á servir á los mismos
que me persiguen : ¡ y tanta

ESCENA V.

*Dichos y Doña Felisa.**Jac.* Señora, besos los pies.*Jorge.* A la obediencia, madama.*Fel.* ¡O buen dia, amigo Carlos...
¿qué haces aquí? *A Jorge.**Jorge.* ¿Quién yo? nada:
estabamos conversando
sobre las cosas de Italia.

Alemania, Francia, Europa...

Fel. Está bien; pues ahora marcha
á conversacion á baxo.*Jorge.* ¡He! solo á mí me regañan,
y él sin cesar está hablando
de vm.*Fel.* ¿Y de mí qué hablaba?*Jorge.* Que pareceis cada dia
mas jóven, y mas gallarda.*Fel.* Carlos es muy fino, y usa
de expresiones delicadas;
pero tú te vales de ellas
para adularme. Vé y guarda
la puerta.*Jorge.* ¡Yo adulator!*Fel.* Y á ninguno des entrada
sin avisarme.*Jorge.* Está bien.*Fel.* Si viniere alguna carta
entregámela.*Jorge.* Por hoy...

es regular que no la haya.

Fel. No importa; acuérdate bien
de todo.*Jorge.* Muger mas falsa *Aparte yéndose.*
no la habido jamas desde
que hay mugeres en España. *ms*

ESCENA VI.

*Jacinto y Felisa.**Jacinto continúa arreglando el aposento,
y entretanto Doña Felisa en el extremo
opuesto, le mira con mucha agitacion,
y mientras dice su monólogo mani-
fiesta á un mismo tiempo des-
confianza, firmeza y temor.**Fel.* Ya es forzoso decir
si mas tiempo se dilata
mi proyecto, es muy posible

que

es la fuerza del malvado,
que tímida y desolada,
aun para hablar la virtud
la ocasion del vicio aguarda!
Si para mí no la alcanzo,
si por fin miro frustradas
mis esperanzas, ¿qué habrá
que mi dolor satisfaga?
¿qué es de la justicia? ¿dónde
es la verdad respetada?

Jorge. Sosegaos, que ahora conviene
el disimulo y cachaza.*Jac.* ¡Quánto padezco en fingir!*Jorge.* Pues tambien me repugnaba
á mí al principio; y á fé
que viendo las circunstancias,
he aprendido ya á fingirme
ciego, quando esta canalla
robando está á vuestro padre.Fuera de lo que regala
la cocinera, que es linda
espigadera, nuestra ama
siega de primor, y coge
dinero y papel sin tasa.El Don Ambrosio ha comprado
una magnifica casa;vm. que tiene talento,
discurra cuya es el arca
de donde salió su importe:todos los dias la albaja
con un mueble nuevo; y otro,
todos los dias nos falta,
de suerte que en poco tiempo,si prosigue, nuestra casa
quedará sin mueble alguno,
quando la otra esté amueblada.*Jac.* Si al ménos le hubieran hecho
feliz, yo les perdonárasu exceso; mas no contentos
con robarle, se adelantaná oprimirle; ¡Triste anciano!
hecho ya á la tolerancia,devora en secreto el llanto
que sus pesares le arrancan.*Jorge.* ¡Pero tate!... no hay remedio:
Doña Felisa se clavaahí sale ya, y con semblante
de pedir mercedes.*Jac.* Calla.

que la suerte trastornara en un punto tantos años de afán y de vigilancia.

Y no hay duda, Carlos es el mas seguro: de él nada recelaría Don Roque, y yo sé que interesará su corazón si le hablase de mi amor con eficacia.

¿Mas qué le diré? ¿si acaso de mi conducta se extraña?...

¿y qué ha de extrañar? también quando él sirve, solo trata de mejorar, como todos, su fortuna... ¡qué agitada me siento!... por otra parte yo le soy muy necesaria, para que pueda negarse; es discreto, le acompaña la prudencia: ayer al verme suspirar, se me mostraba muy sensible... no hay remedio, digno es de mi confianza; y conviene aprovechar el tiempo... Carlos, palabra.

Se sienta en el camapé, y Jacinto llega.

Jac. Mandad, señora.

Fel. Yo quiero me digas ¿cómo te hallas? ¿estás contento?

Jac. Lo estoy tanto, que casi juzgára que estaba en mi casa propia.

Fel. Sé siempre el mismo; y tu honrada conducta te ofrecerá cada vez nuevas ventajas: parece que con agrado te mira Don Roque.

Jac. Gracias á vuestra bondad.

Fel. Es cierto: merezco su confianza.

Jac. Fruto es de vuestro talento y experiencia.

Fel. Si en mí alabas *Suspirando.* esas qualidades, sabe que son de mis males causa.

Jac. Vuestros males? yo no entiendo...

Fel. ¡Si supieras!... ¡pero incauta! ¡qué iba á decirte!...

Jac. Señora: lo conozco: mi humillada

situacion no corresponde á mi voluntad; no alcanza á aliviarnos...

Fel. Es posible que alcanzase; y si tan ardua empresa no fuese hallar uno, que se interesara en mis desdichas, que fuera buen amigo, no dudára en elegirte.

Jac. Dichoso si complaceros lograba.

Fel. Y ciertamente, á tí mismo no te es ménos necesaria una persona prudente, á quien tu pecho se abra. Eres dócil y discreto, y no pareces en nada ser criado...

Jac. No lo soy: y un tiempo tengo esperanza que lo conozcais.

Fel. A mas, mi recompensa...

Jac. Me basta por premio el saber que os sirvo. ¡Ah! no dudes: aguardaba desde ayer con impaciencia esta ocasion: vuestra raras prendas, vuestro dulce genio; todo en vos, señora, manda complaceros; ¡no dudeis!... mas si quizá os desagrada Carlos, jamas descubrais...

Despues de haber mirado á todas partes, suspira profundamente, se levanta, toma la mano de Jacinto, y la aprieta con entusiasmo.

Fel. No, amigo: mi confianza en tí depósito.

Jac. Hablad.

Fel. Quince años ha que encerrada vivo aquí, sin otro premio que servir... Mira si basta para que erigirme deba por señora de la casa.

Jac. Es justicia.

Fel. Mi difunto y yo no dexamos nada que hacer de quanto pudiese cumplir mi justa esperanza. De la vista de Don Roque alejamos sin tardanza

¿ los parientes , amigos ,
y á quantos trataba :
mas de repente mi esposo
me faltó en las circunstancias
mas críticas : quedé sola
para la empresa mas ardua,
que era contrastar un hijo...

Jac. ¿ Un hijo ? ¿ de quién ?

Fel. No alcanzas
este misterio. Don Roque ,
solo por extravagancia,
nunca se casó , aunque era
amante de cierta dama
principal de la que tuvo
este hijo , que hoy es la causa
de mi mal. Ella murió...

Jac. ¡ Ay de mí ! *Aparte.*

Fel. ¿ Qué es eso ?

Jac. Nada. Proseguid.

Fel. Ella murió
en Valladolid su patria,
mientras él vino á la corte
á negocios de su casa.
Aquí ausente confirmó
sus caprichos ; é informada
por él mismo del asunto,
califiqué de inconstancia
la reserva que en la ausencia
su buena amiga guardaba,
y sus sinceros deseos
de cubrir con una santa
union los yerros pasados,
los pinté como asechanzas
para oprimirle , y despues
vivir libre y descuidada :
por último , entre mi esposo
y yo logramos con maña,
que su amorosa pasion
á indiferencia pasára.

Jac. ¿ Pero el hijo ?

Fel. Escucha. Apenas
de aquella molesta carga
se vió libre con la muerte,
fixó ya en Madrid su estancia,
y por direccion de Ambrosio,
trocó el comercio en labranza.
Entónces formó el proyecto
de llamar al hijo para
educarle aquí á su lado.
¡ Quanto costó el que mudára
de plan , y en Valladolid
le dexáse !

Jac. ¿ Y por qué causa
intentabais disuadirle ?

Fel. Pues , si á su lado mirára
un objeto tan querido,
como un hijo , ¿ qué esperanzas
nos quedaba ? y á mí , á mí ,
¿ qué fruto despues de tantas
y tan continuas fatigas ?

Jac. Sí : la consecuencia es clara.
Seguid.

Fel. Al fin le mostré
que sería ménos cara
allí su manutencion,
que en Madrid ; que aqui abundaban
las distracciones , capaces
de viciar la edad lozana
de quince años , y ademàs
de este modo preparaba
á su vejez mil cuidados ;
me creyó al punto , y me encarga
el cuidar de su asistencia.

Jac. Así era vuestra la plaza.

Fel. Aun no. Le hice despedir
los criados que quedaban
de su madre : solamente
el que hoy es portero en casa
se eximió ; mas logré pronto
que Don Roque le llamára,
con pretexto de que allí
era inútil. Su llegada
me dexó ya libre el campo
para la empresa mas ardua ;
pero segura. Debiendo
suministrarle sin tasa
sus asistencias , discurre
si serían limitadas
por mi mano. Con efecto
puesto ya en las circunstancias
de mendigar , sin poder
ni aun quejarse , sentó plaza.
Tonto acriminé esta accion,
que ya Don Roque pensaba
desheredarle. Despues
se animó á escribir dos cartas
pidiendo perdon ; mas yo,
lo mismo que las pasadas,
las oculté.

Jac. Precauciones
muy precisas y acertadas.

Fel. En público no he leído
sino tres : pero glosadas.
Al fin se ha perdido él mismo

por

por una aventura extraña.

Jac. ¿Cómo?

Fel. Sin dar parte al amo se casó

Jac. ¿Pues en sus cartas no lo decia?

Fel. A lo ménos

Don Roque no supo nada hasta que yo le informé de la boda, y la muchacha, pintándola qual si fuera una aventurera, vaga, incógnita, miserable.

Entónces el viejo en rabia y cólera se enfurece: maldice al hijo, y nos manda que nunca mas se le nombre. He aqui de acciones tan variadas el suceso.

Jac. ¿Y ya qué resta?

Con tono de dolor y abatimiento.

Fel. Mucho, Cárlos, mucho falta

Oye el último secreto que mi corazon guardaba.

Ya ves que pueden salir todas mis fatigas vanas, sino le estrecha conmigo una obligacion... ¿No alcanzas todavía mis idéas?

Jac. Aun no: ¿pero qué embaraza vuestra franqueza? decid.

Con viveza é interés.

Fel. Si conmigo no se casa.

¿viviré segura, Cárlos?

Jac. ¿Con vos? ¿el amo? Arrojada es la empresa ciertamente.

Fel. Es forzoso el acabarla.

Jac. ¿Qué! ¿ya la habeis comenzado?

Fel. Muchos años ha que cauta voy preparando su pecho.

Le hago pinturas muy gratas del himenò: le leo novelas de amor, que encantan sus sentidos, y en los lances mas tiernos hago una pausa para dar lugar á que en ellos se embeba su alma.

Sabe tambien que el motivo por què yo hice que llamara á Jorge, fuè solamente el que siempre presenciara la escena de dos esposos

que felices se idolatran.

Las inocentes caricias de su hijuelo, que no pasò de siete años; sus juguetes, todo excita su apagada imaginacion; y así su pecho á amar se prepara. Mas para rendirle, ahora tu persona es necesaria.

Jac. Mandad con franqueza.

Fel. Observo,

quando el amo se levanta, que gusta de hablar contigo:

¿qué ocasion mas apropiada para hablarle del asunto?

Le insinuarás que se halla muy aislado: que sería

feliz si encontrar lograra una amable compañera.

Entónces á hablarle pasas

de mi persona: que en parte conservo todas las gracias

de la juventud, unidas á la madurez sensata

de mi edad. En fin, ya ves,

me mantengo fresca, sana,

y mi presencia... Tambien añadirás, si te agrada,

que al principio me tuviste por su esposa, no por ama.

Jac. No os canseis mas; quedo ya impuesto.

Fel. En una palabra: tienes talento, y descuido en tí.

Jac. Vivid descuidada.

Fel. ¿Con que me entiendes?

Jac. Repito que vivais asegurada de que yo haré lo que hicierais vos misma en mis circunstancias.

Fel. Pues vive tambien seguro, que la recompensa...

Jac. Basta.

Me anima interés mas puro.

Fel. El amo ya sale: calla.

ESCENA VII.

Los dichos y Don Roque.

Roq. Buenos dias... ¡O señora! no reparè que ahí estabais.

Fel.

Fel. ¡Amo mio!
Roq. ¡A Dios, amigo **Cárlos**.
Jac. ¡Señor!
Fel. O me engaña
 mis ojos, ó está vm. triste.
 ¿Pasasteis, acaso mala
 noche?
Roq. No, amiga.
Fel. Será
 apariencia; mas jurára
 que estaba ayer mas risueño
 vuestro semblante.
Roq. Pues raras
 son las veces que la risa
 se ve en mi rostro.
Fel. Apostára
 que de ese hijo tan perverso
 vuestra tristeza dimana.
Roq. Su imágen de mi memoria
 un instante no se aparta.
 Esta noche le ví en sueños.
Fel. ¿Y por qué no desecharla?
 ¿No conocéis que no intenta
 mas que labrar vuestra infamia?
 Señor, olvidarle, y ved
 de cuidaros.
Roq. ¡Ah! mi alma
 puede aborrecerle, si;
 mas no olvidarle.
Fel. ¡Què gana
 teneis, señor, de afligiros!
Cárlos, **Ambrosio** y yo, nada
 queremos mas que agradaros.
 Sin salir de vuestra casa
 tendréis en nosotros hijos,
 parientes, amigos... ¡vaya!
 sosegaos ¡quánto siento
 dexaros!... pero me llama
 la obligacion de serviros.
Roq. ¡Cómo ha de ser!
Fel. Que no salga
Cárlos, y os divertirá.
Jac. ¡Felice yo, si lográra
 sucederos dignamente!
Al irse por lo baxo à Jacinto.
Fel. Acuérdate de la trama. *Vase.*

ESCENA VIII.

Don Roque que se sienta cerca de la mesa, y Jacinto.
Roq. ¡Qué digna muger es ésta!

¡quánto en cuydarme se afana!
 ¿No es verdad?
Jac. Señor, en eso
 pienso qué á nadie aventaja.
Roq. ¡O! tambien estoy contento
 contigo.
Jac. Si alguna falta
 me advertis en los principios,
 sabed que es involuntaria.
Roq. No, yo no advierto ninguna.
Jac. Siempre es mayor la eficacia
 de un criado, quando sirve
 á un amo á quien idolatra.
Roq. Yo no sé que es; me penetran
 el corazon tus palabras,
 aunque no quiera, me hacen impresion.
Jac. ¡Si ellas bastáran
 á segurarme algun dia
 vuestra ternura!
Roq. Sí bastan.
 No sé por qué, tu presencia,
 tu conservacion me encanta;
 solo contigo estoy bien.
Jac. ¡Ah! ¡si pudierais ver quánta
 es mi dicha en agradaros!
Roq. Mil penas, amigo, agravan
 mi corazon; necesita
 desahogo. Corro con ansia
 toda la naturaleza,
 y en toda ella no se halla
 un amigo, en cuyo seno
 pueda mis penas amargas
 depositar.
Jac. ¿Qué decís? ¿penas?
Roq. ¡Ay! tú me juzgabas *Se levanta.*
 por feliz, y no lo soy.
Jac. ¿Pero quién imaginára?
Roq. Ya me ves: aquí en la tierra
 solo, falto de esperanza...
Jac. ¿Solo?
Roq. Sí, amigo; yo vivo *Enternecido.*
 aislado... ¡ó Dios! ¿por qué causa
 en mis años florecientes,
 ó luego quando escuchaba
 libre mi razon, porque
 me negué á la union sagrada
 que me hubiera hecho feliz?
Jac. Virtud sola es la que traza
 nuestra dicha, y no hay estado
 en que ella mas sobresalga,
 que en el vuestro.
Roq. Sí: en el mio

es feliz el que le abraza por virtud, no por capricho.

Jac. Yo pienso que no sin causa renunciasteis al consorcio.

Roq. En parte no era infundada mi opinion. El himenéo es cadena muy pesada. Yo apartado de mis padres desde la mas tierna infancia, tuve ocasion de observar por mí mismo sus infaustas conseqüencias. Inconstantes, vanas, infieles, falsarias las mugeres, ¿á qué males no dan origen? Quien ama sus gracias por mucho tiempo, es infeliz. Yo encontraba muchas humildes, honestas en lo exterior, y en su casa eran eterno tormento de un esposo.

Jac. Perdonad, si es á la vuestra contraria mi opinion. La esclavitud de himenéo es la mas grata, entre todas las que al hombre en la sociedad enlazan; si una esposa amable...

Roq. ¿Y que? ¿es posible el encontrarla?

Jac. Sí señor: hay infinitas sencillas, y moderadas en sus gustos, recogidas, que su ventura señalan en la de su esposo.

Roq. Yo tengo experiencia muy larga en contrario.

Jac. Confesad que tal vez las que tratabais mas de cerca, no serían las de mas virtud.

Roq. ¡Qué vanas! ¡qué mudables! ¿y en tal sexó nuestro pundonor descansa?

Jac. Y si tan débiles son, ¿para qué en tan fragil basa apoya su honor el hombre?

El es, él es quien quebranta sus mismas leyes. Un padre muy solícito se afana en educar con acierto un hijo, y no cuida nada

de la educacion de una hija, que luego á ser se prepara una madre de familias.

Los mismos que la acompañan, fomentando su amor propio, acrecientan su ignorancia, su indolencia y su altivez. He aquí de dónde dimanen sus defectos; ¡y cuán leves son, señor, si se comparan con los nuestros!

Roq. Pero, bien.

Quiero suponer que haya algunas buenas, y que éstas siempre nuestra dicha labran. Con todo, ¡quántos cuidados nos cercan al que se casa!

Jac. Cuidados inevitables, que siempre al hombre acompañan, estos en retorno ofrecen mil placeres, y no agravan el corazon.

Roq. Yo no entiendo..

Jac. Pues si una amiga repára, y alivia nuestros quebrantos, ¿qué será una esposa amada, nuestra eterna compañera, amiga amorosa y franca, que un mismo interés la estrecha á nosotros, que no aguarda para gozarse otro bien que el nuestro, ni otra desgracia para sentir? Comparad los desvelos que nos causa una familia, que es propia, con los de una mercenaria, que muy poco cuidadosa de nuestro bien, solo trata de su provecho.

Roq. Es verdad.

Eso es lo que á mí me pasa. No dudo que mis criados me estiman; mas se propasan tambien conmigo.

Jac. En efecto.

Roq. Ya ves, esto me traspasa el corazon. Muchas veces, avergonzado de tanta condescendencia, he querido sacudir tan dura carga, y he cedido al fin. A Ambrosio le despedí veces varias,

ESCENA IX.

Don Roque solo.

La cláusula de letra bastardilla debe decirse en tono de lectura. Despues cierra el libro con enojo, y se levanta.

Roq. ¡Qué bien dices! Desde el punto, en que nace la esperanza, se empieza á gozar... ¡Un viejo! Un viejo no espara nada. Todo me fastidia: libros, sociedad, todo me enfada, y todo lo anhelo. Cárlos... ya se marchó, y Jorge tarda.

ESCENA X.

El mismo y Ambrosio.

Sale con cierto desembarazo grosero, y pone sobre la mesa el dinero que anuncian los versos.

Roq. ¡Ola! ¿qué traes Ambrosio?
Ambr. ¿Qué quiere vm. que le traiga? Dinero. Ahí están mil reales.

Roq. Mucho lo necesitaba: y es muy poco: hace ya tiempo que no he percibido nada.

Ambr. ¿Y es culpa mia? ¡cuidado!... ¿No vé vm. que nadie paga? Todos á una voz se excusan con el tiempo.

Roq. Y no sin causa.

Ambr. Si le llora alguna rentero, al instante vm. se ablanda.

Ambr. Eso es natural.

Roq. ¡Muy bien!

¿y los gastos? Pues las casas se han compuesto; se aumentó nuevamente la labranza:

y así en mas de quatro meses no espere vm. mas cobranza.

¡Si se pensará que en esto tengo yo alguna ganancia!

A fé, que quizá yo pierdo muchas veces que vm. gana.

ESCENA XI.

Los dichos y Jorge.

Jorg. ¡Buen apóstol! *(Aparte.)*

Ambr. ¿A qué vienes?

y le he vuelto á recibir, porque, aunque es extraordinaria su viveza, él es honrado, y hombre de bien: aun el ama, Doña Felisa, conmigo algunas veces regaña, y quando mas enfadado prorrumpo yo en amenazas, ella calla, muda el tono, dexa pasar la borrasca, y... ¡soy muy débil! despues con mas libertad me manda.

Jac. Lo conozco.

Roq. ¿Y qué ha de hacer. una persona privada de amigos ¡ah! y de parientes?... Uno tengo; ¡mas qué amarga me es su memoria!

Jac. ¿Un pariente?

Roq. Mira, renuevo las llagas de mi dolor... déxame.

Jac. Tal vez, señor, os distraiga el confiar...

Roq. No es posible: no hay consuelo que me valga en mis males: déxame.

Jac. Perdonad.

Se stenta y toma un libro.

Roq. Solo estos calman mi tormento.

Jac. ¡Ay Dios!... ¿què aguardo? *(Aparte.)*

¿Si me permitís que salga á una diligencia?...

Roq. Sí;

pero vuelve sin tardanza,

y dile á Jorge que suba

á acompañarme: me agrada

el sosiego, pero no

la soledad.

Jac. No hará falta.

Dice los siguientes versos aparte, mientras Don Roque se pone á leer.

¡Infeliz! No viviré

si un momento se dilata

su desengaño, si un punto

el castigo se retarda

al crimen y á la perfidia.

¡Dulce esposa! ¡tu ignorada

virtud va á comparecer;

plegue á Dios, que la asechanza

de la calumnia á su vista

quede una vez disipada!

Jorg. ¿A qué? A que el amo me llama.

Ambr. Aquí no tienes que hacer:
vuélvete á la puerta.

Jorg. ¡Vaya!...

si me llaman... si está abaxo
mi muger...

Ambr. No importa: marcha.

Roq. ¿Y por qué le hablas así?

Ambr. Este es mi modo: ¿qué aguardas?
Vete pronto.

Roq. Déxale.

Jorg. Quando el amo me lo manda,
debo quedarme.

Ambr. ¡Insolente!

Jorg. ¿Insolente?

Roq. ¿En qué te agravia
para tratarle así?

Ambr. ¡Bueno!

que haga quanto le dé gana,
y á mí me falte...

Jorg. ¿En qué falto?

Ambr. En no obedecer.

Jorg. En casa

no háy mas amo que el Señor.

Roq. No mas.

*En todo el diálogo debe haber suma viveza
en el tono y acciones de los personajes.*

Ambr. ¿Qué es lo que vm. habla?

ESCENA XII.

Los dichos y Doña Felisa.

Fel. ¿Quién mueve tal alboroto?
¡He! Ambrosio...

Roq. Sí: se propasa
y á ultrajarme.

Ambr. Solo quiero
que el portero á cumplir vaya
con su obligacion.

Fel. ¿Y de eso
toda la cuestión dimana?

Roq. ¡Ah, señora! mas me irrita
el tono, que las palabras.

Fel. Es verdad. Este buen hombre,
ya lo sabeis, tiene tanta
viveza, tan fuerte el genio...

Ambr. ¡Señora!...

Al oído á Ambrosio.

Fel. ¡Que siempre se haya
vm. de olvidar de que es
precisa la tolerancia!...

Vaya, amo mio, por Dios;

sosegaos. Está acabada
la cuestión.

Roq. Yo soy muy bueno:
pero todos se adelantan
á abusar de mi bondad.

Fel. Teneis razon demasiada.

Vm. es honrado, fiel, *(A Ambrosio)*
juicioso; pero es muy mala
costumbre...

Ambr. ¿Y por qué me irritan?

Roq. Al instante se arrebatá,
me replica, ¡y con un modo!...

Fel. Mal hecho.

Ambr. ¿Y quién no se enfada
en el pronto?

Fel. Sí: es verdad.

Ambr. Ya se ve: el amo repára
en mi genio, y no se acuerda
de que Ambrosio tiene dadas
pruebas de amarle.

Fel. No hablèmos
mas del caso. La mañana
está muy buena: ¡amo mio!
salir para que se esparza
el ánimo, y volved pronto;
no podré estar sosegada
si tardais.

*Guarda el dinero: toma el sombrero y
redingot. Doña Felisa le limpia y aseá
con mucha afectacion.*

Roq. Pues voy un rato
hácia Atocha.

Fel. Que Dios vaya
con vos, señor.

Roq. Hasta luego.

Al oído á Doña Felisa.

Ambr. Aguardo á vm. en la sala.

Fel. ¿Para qué?

Ambr. Tengo que hablaros
á solas una palabra.

Fel. Voy al instante. Ya Jorge,
puedes irte: no haces falta.

Jorg. Está bien... ¡Gracias á Dios!
A no verlo, lo dudára.

¡Qué demonios! Vaya, importa
el no dormise en las pajas.

Voy á avisar á Jacinto.

que no se detenga Laura

en venir... ¡El Don Ambrosio!...

¡pues la niña!... ¡qué canallas!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Ambrosio y Doña Felisa.

Ambr. Señora, ya es necesaria que de asegurar tratémos nuestra dicha: ya vé vm. que tambien se acuerda el viejo de que es el amo; y en fin la amo á vm. ha mucho tiempo, y solo con vuestra mano viviré feliz.

Fel. ¡Qué empeño!
¡es un modo bien extraño de pretender!

Ambr. Ya no espero dilaciones: la amo á vm. ciegame, lo confieso. Yo no soy galan, señora; pero tampoco merezco un desayre.

Fel. La verdad, temo mucho el casamiento.

Ambr. ¿Qué hay en éste de temible para vm.? Antes uniendo así nuestros intereses, dirigiendonos de acuerdo, nos esperaba una vida regalada, con sosiego: y... vamos, ya sabe vm. que uno á otro nos conocémos.

Fel. ¡Qué poco repára vm., amigo, en lo venidero!
¿No era mejor aguardar hasta que el último obsequio, como sirvientes, le hagamos á Don Roque?

Ambr. No comprehendo...

Fel. Quiero decir, hasta tanto que sus párpados cerrémos.

Ambr. Eso es largo: no señora, nos importa hacer primero una retirada hontosa, dexando aquí unos sugetos buenos, dóciles, de nuestra eleccion, que dependiendo de nosotros, conspiráran á cumplir nuestros deseos.

Fel. Todo es verdad; pero es cosa de importancia... ya verémos.

Ambr. ¡Siempre una misma respuesta!

Fel. ¡Qué impaciencia!

Ambr. ¡Qué pretextos!

ya me canso: hasta mañana solamente doy de tiempo para decidir.

Fel. Muy bien.

Hoy será mi último esfuerzo, *Aparte.*

y verémos... es preciso

hoy apurar mi talento. *Vase. D.*

ESCENA II.

Ambrosio solo.

Ambr. Esta muger me hace falta para ser dichoso. Luego, uniendo nuestros caudales se formaba un total bueno, y el amo le completaba al fin con el testamento. Sobre todo, no me agrada ser un solteron eterno como él, que quando fallezca, en vez de lloro y lamentos, se celebrará su muerte con regocijo y contento de todos, al recoger lo que con tanto desvelo ha adquirido... ¡Pobre diablo! ¿pero qué busca aquí dentro esta graciosa muchacha?

ESCENA III.

Ambrosio, y Laura que entra muy turbada y llena de timidez.

Laura. Don... Ambrosio...

Ambr. Soy yo mismo:

¿y bien?

Laura. Puede ser que ahora os estorbe: Don Anselmo Torres me envia...

Ambr. Ya, ya.

Tú quieres servir ¿no es esto?

Laura. Si no os incomoda, ved esta esquela. *Se la entrega.*

Ambr. ¿Mas qué es eso?

¿tiembas, niña?

Laura. No señor.

Ambr. No hay porqué: á ver: en efecto.

Leyendo la esquela.

„Bien nacida, dócil...“ basta: conviene muy bien tu aspecto

con

con lo que dice mi amigo,

Laura. Señor, ese es favor vuestro.

Ambr. ¿Te llamas?

Laura. Laura.

Ambr. ¿Y tu edad?

¿veinte años, he?

Laura. Aun no los tengo.

Ambr. ¿Has servido?

Laura. No señor:

y á no ser aquí, protesto
que no sirviera.

Ambr. Y supongo,

¿sois soltera?

Laura. Careciendo

de fortuna, no era fácil
que pensase en casamiento.

Ambr. Pues vaya, estás recibida.

Laura. Yo, señor, os lo agradezco
con toda mi alma.

Ambr. Hablaré

al amo, aunque es lo que ménos
importa. Ahora escúchame
dos advertencias.

Laura. Ya atiendo.

Ambr. Aquí, niña, hay mas de un amo.

Laura. Me lo han dicho.

Ambr. Yo el primero.

Laura. ¡O! sí señor.

Ambr. Además,

con el ama de gobierno
es menester que te muestres
pronta y dócil, yo la aprecio,
y el amo la estima.

Laura. Bien.

Ambr. El amo es un pobre viejo,

bonazo, franco: tratarle
con cierto mimo y respeto.

Ya puede vivir muy poco;
y si mereces su aprecio,
pudiera hacerte algun dia
dichosa.

Laura. Yo le venero

aun por motivos mas puros.

Ambr. Pues cuenta con mis consejos.

No hay mas que hacer; sobre todo,
acuérdate en qualquier tiempo,
que entraste por Don Ambrosio.

Laura. Desde hoy á afirmar me atrevo

que nunca me olvidaré
de los favores que os debo.

Ambr. Yo salgo á una diligencia,

para que despues entrémos

á presentarte: vé y vuelve,
si quieres, de aquí á un momento;
pero por nadie preguntes
sino por mí.

Laura. Ya os entiendo. *Vase Ambrosio.*

ESCENA IV.

Laura y Jacinto muy apresurado.

Jac. ¿Si habrá conseguido?...
Laura. ¡Esposo!

Jac. ¡Laura mia! ya prevéo

en tu semblante mi dicha.
¿Te ha admitido?

Laura. Muy contento;

pero todavía estoy
temblando.

Jac. Calma, te ruego,

tu inquietud: ya nada temas,

si por fin benigno el cielo

nos favorece: bien pronto

mi padre verá ese aspecto

de virtud, escuchará

tu hablar gracioso y modesto,

y esto basta para ser

cumplidos nuestros deseos.

Quisiera que ya te hubiese

visto.

Laura. Tambien yo lo anhele,

y lo temo á un tiempo mismo:

pero sobre todo tiemblo

al pensar que el alma...

Jac. ¡El monstruo

de maldad!

Laura. La compadezco.

Jac. Triunfe de su iniquidad

tu virtud: ¡ah! ¡quánto siento

fingir miéntras tú padeces!

Laura. ¿A tu lado qué tormentos

puedo temer? La pobreza,

la calumnia, el desconsuelo,

nos han perseguido siempre

y siempre viste sereno

mi semblante, y en tí solo

buscar al dolor consuelo.

Aquellas horas pasadas

en el dolor mas acervo,

son para mí todavía

los mas dichosos momentos

de mi vida.

Jac. Siendo amado

de Laura, siempre me creo

venturoso; pero acaso saldrán... Solo te prevengo que si con mi padre hablaras, aun quando ganes su afecto, no me descubras: conviene que me conozca mas tiempo. A Dios, mi bien; no es posible pintarte mis sentimientos.

Laura. ¡Son los mas gratos! A Dios.
Jac. ¿Y pronto?...
Laura. Sí, pronto vuelvo. *Vase.*

ESCENA V.

Jacinto solo.

Jac. ¡Alma de candor! padeces por mi, inocente. En el seno de tu patria hoy vivirias en regalado sosiego, si Jacinto... ¡desdichado! Jacinto no pudo ménos de amarte; y no gozará de tranquilidad su pecho hasta haberte hecho feliz. Tu bien, es el dulce objeto de su afan... ¡ah, Jorge!

ESCENA VI.

Jorge y Jacinto.

Jorge. ¡Vaya!
No sabe vm.
Jac. ¿Qué hay de nuevo?
Jorge. Una friolera: que acaban de llegar tres muchachuelos, que aseguran ser parientes de nuestro amo, con intento de visitarle.
Jac. ¿Y qué importa?
Jorge. No frusten nuestros proyectos.
Jac. Es imposible, y si son infelices, yo no debo impedirles que mejoren de situacion.
Jorge. Uno de ellos tiene ya en la mano un rollo de papeles. ¿Vendrá presto?
(me dixéron) -yo no sé- no importa, le aguardarèmos. En efecto, abaxo quedan, y miéntras viene se han puesto

Suena dentro ruido.

á enredar; ¡escuche vm. qué zambra!
Jac. Pues diles luego que suban.
Jorge. Se lo diré; bien está: el negocio es vuestro. *Vase.*
Jac. Tambien son parientes mios, tal vez, mas que yo sujetos á la desventura.

ESCENA VII.

Jacinto y Doña Felisa.

Fel. Carlos, ¿qué alboroto es ese?
Jac. ¡Clelos! *Aparte,*
Fel. ¿Quién ha venido?
Jac. Señora. son tres niños, segun *meo* pobres, parientes del amo, que quieren verle.
Fel. Al momento haz que se vayan.
Sale, y al ver á Doña Felisa, se suspende.
Jorge. Ya suben...
Fel. ¿Y para qué los has hecho subir? Dí que no vendrá á comer.
Jorg. ¡Jesus que enredo! ¿con que les diré que vuelvan despues á la tarde?
Fel. ¡Necio! que no vuelvan; que se va fuera de Madrid: corriendo díselo.
Jorge. ¡Pobres muchachos! *Véndose.*
Jac. Mira donde van. *Al oído á Jorge.*
Jorge. Entiendo. *Vase.*
Fel. No sabes cuánto pudiera ese raro parentesco dañarnos. Eres novicio, y aun no conoces los riesgos. Pero yo he visto venir al amo, y aquí le espero con cierto ardid: por un niño voy á conquistar á un viejo: retírate.
Jac. A Dios, señora.
Fel. Supongo que ya habrás hecho esta mañana...
Jac. Empecé

á hablarle del caso; pero
llegó el mayordomo...

Fel. Cuenta

á otra vez: vete.

Jac. Obedezco.

Vase.

ESCENA VIII.

Doña Felisa y Julianito.

Fel. Ya habrá llegado: ¡Julian!

Sale ahora.

¿te acuerdas bien?

Jul. Bien me acuerdo.

Fel. Te regalaré mil cosas
como tú guardes silencio
con todos: mas ya se acerca,
si no me engaño, empecémos.

¿Y qué haces quando ves triste
á tu papá?

Jul. Le doy besos.

le acaricio

Fel. ¿Y qué te dice?

Jul. Me besa tambien, y luego

le dice á mi madre:
mira, este niño es el consuelo
en nuestro mal: mas feliz,
con ser un pobre portero,
soy yo que el amo.

*Habrà salido quando indican los ver-
sos de Doña Felisa, y permanece sus-
penso à la puerta escuchando el diá-
logo entre aquella y Julianito.*

Roq. ¡Ah! ¡qué digno
soy de compasion! yo debo *Aparte.*
envidiar al mas humilde.

Fel. Ya va produciendo efecto *Aparte.*

Jul. Quando estuvo papá malo
no me apartaba del lecho,
y le decia á mi madre:
si ahora fuera yo soltero,
¡pobre de mí!

Fel. ¡Bello niño!
ya está enternecido el viejo, *Aparte.*
Y dime, ¿tú quieres mucho
al amo?

Jul. ¡Toma! le quiero
como á papá, y si lo fuera
le diera un abrazo.

*Sale con los brazos abiertos hacia el
niño.*

Roq. ¡Bueno!
dámele.

Se levanta como sorprendida.

Fel. ¡Señor!

Jul. ¡Papá!

Roq. Me ha conmovido en extremo
el oírle.

Fel. Siempre lo he dicho.

El amo es sensible, tierno.

Vete ya, y cuidado. *Al oído à Julianito.*

Roq. A Dios.

Jul. A Dios, papá: despues vuelvo. *Vase.*

Roq. ¡Me agradan tanto sus gracias!

Fel. Muy interesantes: cierto
que Jorge es feliz.

Roq. Si lo es.

Fel. Se halla dichoso en el ceno
de una esposa que le adora,
y ambos al lado estan viendo
su imágen viva en el niño.

Roq. ¡Ay Dios!

Fel. Tambien yo me acuerdo
que en mi niñez! era el gozo
de mi padre: ¡qué perfecto
señor! de todos sus hijos
á nadie con mas extremo
quiso que á mí; ¡ya se vé!
me tuvo ya siendo viejo,
de sesenta años, y estaba
su amor propio satisfecho:
la hija de su vejez
me llamaba en el exceso
de su placer.

Roq. ¡Sesenta años!

Fel. Sí señor: estaba aun fresco
y sano... así como vm.;
ni es mucha edad... ¿Mas qué es eso
¿estais pensativo?

Roq. No.

Fel. ¿Qué teneis?

Roq. Nada.

Fel. Yo advierto
en el semblante... á ninguno
le faltan, señor, sus duelos.
Aquí donde vm. me vé,
aun quando callo, padezco.

Roq. ¿Vm.?

Fel. Sí señor: querria
decíroslo, y me avergüenzo.

Roq. ¡Qué necedad!

Fel. Yo venia
á pedirle á vm. consejo.

Roq. Sobre qué.

Fel. En una palabra,

Ambrosio quiere que luego
sea su esposa.

Roq. ¿Cómo? ¿cómo?
diga vm.

Se sienta, y la hace sentar á su lado.

Fel. Ha mucho tiempo
que me importuna, señor,
y por mas que le desprecio
nada consigo: en fin, dice
que si hoy mismo no resuelvo,
desistirá. Este es el caso:
con que amo mio, ¿qué debo
hacer?

Roq. Me sorprehende vm.,
y á la verdad, yo no acierto..

Fel. Ambrosio es un hombre honrado,
bien lo sabe vm., muy recto;
;pero es tan duro!... y en fin,
es un asunto tan sério
el matrimonio.

Roq. Sí: es fuerte
de condicion; pero el genio
se suaviza, siendo vm.
tan cariñosa, y sabiendo
manejarse.

Fel. ¡Ah! ;sí lo soy!
Nació para el himenéo
mi corazon, y en verdad,
á no ser la ley que os tengo,
estuviera ya casada.
En mi primer casamiento
no se consultó mi gusto;
fuí forzada, y con todo eso
en la vida se quejó
mi Justo, que esté en el cielo,
de mí... ;cuidándole siempre
con un amor, un esmero!

Roq. Sí: qualquiera juraria
que le amabais en extremo..

Fel. Pues ahora bien, ¿qué sería
si hallase un marido bueno
de mi eleccion, de mi gusto,
un hombre formal?

Roq. Lo creo.

Fel. No me agrada, ni tampoco
me conviene un jóven.

Roq. Cierto.

Fel. Fuera de esa edad, qualquiera
me acomoda; yo confieso
que un hijo así pequeñito
es un delicioso objeto;
solo uno desearía,

uno no mas, ;qué contento!
;Me parece que ya estoy
viéndole saltar en medio
de su padre y de mí, á entrambos
halagándonos risueño:
aumentando nuestro amor!..

;aya! entónces ;qué embeleso
Le toma la mano como arrebatada,
fuera el nuestro!... digo el mio.
y el del esposo que el cielo
me hubiese dado. Con todo,
no presuma vm. que siento
aquí la viudez. ;Jesus!
muy dichosa me contemplo;
y sabe Dios que quisiera
acabar con vos el resto
de mis dias.

Roq. ¡Ah! señora,
me enternece vuestro afecto,
me penetra.

Fel. Ya vé vm.
con cuánto gusto me empleo
en servirle: el mayor gozo
es para mí el complaceros;
y en verdad que he derramado
muchas lágrimas por ello.

Roq. ¿Cómo, señora?

Fel. ¡Ay, señor!
por vm. he sido objeto
de la malicia; han querido
comprometer mi respeto
y mi honor, interpretando
sobre el amor que os profeso.
Ya se vé, aun quando quisiera
desmentirles con mi aspecto
ó con mi edad, no es posible;
y entretanto estoy sufriendo
que sospechen...

Roq. ¿Qué sospechan?

Fel. ¿Qué han de sospechar? que os quiero,
y que vm. me corresponde;
que estamos ya de secreto
casados: el mismo Càrlos
me creyó los dias primeros
ama en realidad. A mí,
si he de decir lo que siento,
no me importa que murmuren,
pues si os estimo, obedezco
á mi corazon... Ahora,
siendo tan sensible y tierno,
¿le entregaré á una persona
áspera?

Roq. No Ya no apruebo
el casarse con Ambrosio;
de ningun modo; su pecho
no es digno de tal terneza.

Fel. Tal vez yo me lisonjeo
á mí misma; pero juzgo,
amo mio, que merezco
mejor fortuna...; Pasar
toda la vida sirviendo,
aislada, la que pudiera
hacer feliz!.. Desfallezco
al mirar mi situacion.

Roq. Doña Felisa.. no acierto *Arrebatado.*
á resistir... cada vez
nuevos encantos advierto
en vm... yo me arretrato...
me han conmovido en extremo
vuestras palabras.

Fel. ¿Qué valen
mis palabras?; Ah! si un tiempo
fuera dable... que enlazados..
;ay; entónces yo protesto
que hallára vm. nuevos dones,
que hasta ahora tiene encubiertos
mi humillada situacion.

Roq. ;Tarde, tarde considero
Con mayor viveza.

quánto he perdido! ; Y yo pude
ver con frialdad y desprecio
tantas gracias?

Fel. ; Si supierais
quántan lágrimas, quàn tiernos
suspiros tengo exhalados
por esta pasion!... no acierto
á hablar, señor... el rubor...

Se levanta fuera de si, y la toma la mano.

Roq. Escuche vm... no ay remedio:
vm. me encanta, y es fuerza
declarar...

*Al oír á Ambrosio Don Roque queda
turbado, y Doña Felisa demuestra impa-
ciencia.*

Ambr. No tengais miedo; *Dentro.*
sube al instante.

Fel. ; Dios mio!

Roq. Suena gente...

Fel. En un momento,
¿decia vm.?...

Roq. Y es Don Ambrosio.

Fel. ; Triste de mí! á qué mal tiempo!

ESCENA IX.

*Doña Felisa, Don Roque, Ambrosio
y Laura.*

Ambr. Mi amigo, Torres, envia
esta niña, que presento
á vm. Es juiciosa, dócil,
y de muy buen nacimiento.

Fel. ¿Para qué?

Ambr. Para que ayude
á vm. en todo el gobierno
de la casa; ha tantos dias
que andaba buscando...

Fel. ; Bueno!

¿Acaso yo necesito?...

Ambr. La necesita vm.: cierto.
Hemos trabajado mucho,
y es justo que descansémos.
Señor, espero que vm.
no me desayre.

Fel. En efeccto,
por venir por Don Ambrosio
admítala vm, no quiero
meterme en nada: me voy,
y que decida. *Vase.*

Ambr. ; Qué genio!

Laura. ; Infelice Laura! apenas *Apart.*
llegaste, empiezan de nuevo
tus quebrantos.

Roq. Hombre, yo
á decir no me atrevo;
por mí, que quede en buen hora;
pero si el ama...

Ambr. ; O! yo ofrezco
persuadirla: voy allá
y al instante la convenzo. *Vase.*

ESCENA X.

Don Roque y Laura.

*Laura queda á un extremo del teatro
denotando en sus actitudes, temor
afliccion. Don Roque se paséa hablando
consigo mismo.*

Roq. No hay duda, me ama; ese eno-
nace solo de su zelo.

Ya no soy tan infeliz.

Me ama: la amaré; y al ménos
al morir habrá quien lllore
sobre mis cenizas... ¿Pero

en mi edad?... ¿quién me diria
allá

allá en mis años primeros?...
 ¿Qué importa? Si mis errores
 me apartaron del mas recto
 camino de la virtud,
 hoy otro seguro emprendo.

Viviré en paz; sus caricias
 animarán el invierno
 de mis años... ¿qué tendrá

esta muchacha? yo advierto
 en su semblante un candor
 de un ángel. ¡Ab! tambien luego
 con una familia honrada
 será mi gozo completo.

Ella suspira, ¿qué tienes?

Laura Nada, señor.

Roq. Si yo veo
 que suspiras.

Laura. No extrañeis
 el que muestre mi consuelo
 en mis suspiros; me habeis
 amparado, y solo siento
 el no poder con mi labio
 mostrar mi agradecimiento.

Roq. Aquí te se tratará
 como hija; yo me intereso
 desde hoy en tu bien: me encanta
 tu hablar tan dulce y sincero,
 tu modestia.

Laura. En la muger
 es obligacion.

Roq. Me alegro
 de que te adornen principios
 tan sólidos.

Laura. No poséo
 otros bienes: es la herencia
 única que me pudiéron
 dexar unos padres pobres
 y virtuosos.

Roq. ¿Con qué fuéron
 pobre? ¿he?

Laura. Si señor: eran
 respetables aunque puestas
 en la clase en que abatido
 el hombre vive contento,
 si puede con su sudor
 bañar un pan duro y negro.
 En fin labradores eran.

Roq. Yo al mas pobre le prefiero
 à un rico ocioso.

Laura. En las horas
 consagradas al sosiego,
 su placer era formar

mi corazon: sus preceptos
 sencillos, como sus almas,
 se grabáron en él presto,
 que aun era mas persuasivo
 que sus palabras, su exemplo.
 ¡Padres de mi amor! ¡si hubierais
 visto à la que fué el objeto
 de vuestras caricias sola,
 huérfana en pais ageno!

Roq. ¿Con qué han muerto?

Laura. Sí señor;
 un accidente funesto
 me arrebató à mi buen padre,
 y mi madre à poco tiempo
 le siguió.

Roq. ¡Perder así
 sus padres! ¡padres tan buenos!
 Ya ves, no los conocí,
 y los amo y venero.

Laura. ¡Quánta bondad! Sin embargo,
 no me ha despojado el cielo
 de todo: tengo un amigo,
 un amigo verdadero,
 que es el que me ha acompañado
 en mi viage.

Roq. Segun eso
 ¿tú eres aquí forastera?

Laura. Si señor...

Fel. ¡Laura! *Dentro.*

Laura. Mas pienso
 que me llaman.

Roq. ¡He! no importa.
 ¿Pero con algun objeto
 habrás venido?

Laura. No hay duda:
 oidle, señor. Mi sincero
 amigo, el único apoyo
 que hay en todo el universo
 para mí, con quien un dia
 ser afortunada espero,
 tiene aqui un pariente rico;
 pero sordo à sus lamentos.
 Cansado el infeliz, quiso
 hacer el último esfuerzo:
 eres virtuosa, me dixo
 un dia; tu rostro halagüeño,
 tu virtud y tu desgracia,
 tal vez moverán su pecho
 mas que mi llanto. Creile;
 sus labios no conociéron
 nunca el engaño: al instante
 como hermanos emprehendémos,

casi mendigando, el viage:
 en fin, llegamos al pueblo...
Roq. Llegasteis, ¿y qué?
Laura. ¡Dios mio!
 ¡quál fué su recibimiento!
Roq. ¿Con indiferencia?
Laura. Así dole...
 nos hubiera sido ménos
 doloroso: nos negó
 la entrada.
Roq. Pues desde luego
 tendrá el tal un corazón
 de bronce.
Laura. ¡Ah; señor! es bueno;
 es humano: los extraños,
 á quienes fia el gobierno
 de su casa, y de sí mismo,
 son los que le han impuesto
 en nuestro mal.
Roq. De ese modo
 es débil. Vaya, yo quiero
 encargarme de mover
 ese hombre inflexible; irémos
 tu amigo y yo...

ESCENA XI.

Dichos y Doña Felisa.

*Sale muy acelerada, y se encara con
 Laura.*

Fel. ¡Todavía!

Roq. ¿Qué busca vm.?

Fel. Sí: ya veo

que os incomodo.

Roq. ¿Y en que?

Fel. No sé: serán los secretos

de la criada importantes

sin duda. Hace ya lo ménos

una hora que os está hablando,

y á fe, que tales misterios

me disgustan.

Roq. ¿Y por qué
 la disgusta á vm. que hablèmos?

Fel. Es verdad; os interesa

su conversacion: entiendo.

Roq. De su educacion estaba

hablando.

Fel. ¡Asunto muy bello!

Vaya vm. al gabinete.

Laura. ¿Y qué he de hacer?

Fel. Allá dentro

se lo dirán; y despues
 tambien las dos hablarèmos.

Laura. Señor, dadme resistencia, *Tendos*
 que á tanto penar ya cedo. *Vase.*

Se paséa por el teatro.

Roq. Es necesario tratarla
 con suavidad.

Fel. ¡Buen consejo!

Roq. Es sensible.

Fel. ¿Y qué? ¿soy yo *Con dulzura*
 insensible?

Roq. No por cierto;
 pero es muy interesante.
 Tiene...

Fel. Sí señor: convengo
 en que es dócil. Mas hablando
 de otra cosa, ¿aquel acento
 dichoso que os estorváron
 pronunciar?...

Roq. Y ademas de eso
 tiene excelentes principios,
 gracia, modestia y talento.

Fel. ¡Ay, Don Roque! ó yo me engaño,
 ó un extraño movimiento
 os agita.

Roq. Me han gustado
 sus máximas, lo confieso.

Fel. ¿Con que solo quiere vm.
 hablar de ella? ¿y un momento
 ha podido hacer se olvide
 de otros objetos?

Roq. ¡Qué empeño!

¿no he de hablar de ella, si es buena?

En tono de cólera que va aumentando
hasta el fin de la escena.

Fel. Vm. ha perdido el seso:
 ya es burlarme.

Roq. Es que vm. tiene
 hoy mal humor.

Fel. Me impaciento
 de que una sirvienta...

Roq. ¿Y que?

Ese es un realce nuevo
 para su virtud.

Fel. ¡Don Roque!
 ya me falta el sufrimiento.

Roq. ¿Por qué, señora?

Fel. Porque
 en el alma la aborrezco.
 En fin, en casa es inútil:
 ¿de qué sirve? Y resuelvo
 que se vaya.

Roq.

Rog. ¿ Irse? ¿ quièn? ¿ Laura?
os chanceais?

Fel. No me chanceò.

Rog. ¿ Cómo?

Fel. ¿ Y està vm., dudoso?

¿ A la que con tanto esmero
le ha servido á vm., prefiere
una muger?

Rog. No prefiero
á nadie; pero yo soy
incapaz de un rompimiento
fuera de sazón.

Fel. Muy bien.

¿ Ese es el voto postrero
de vm? pues escuche ahora
mi decision: al momento
es menester que salgamos
una de las dos.

Rog. Sosiego
señora: ¿ qué impide, Laura,
á que yo os ame?

Fel. No hay medio;
ó despida vm. á Laura
ó bien á mí: no consiento
mas dilaciones.

*Encolerizándose por grados hasta el fin
de la escena.*

Rog. Jamas,
jamás he visto otro genio mas tenaz.

Fel. ¡ O Laura, ó yo.

Rog. ¡ Cuidado què ... ya no puedo
sufrir mas... váyase vm.
si le acomoda.

Fel. ¡ Ah! comprehendo
el arcano: la ama vm.

Rog. No, eso; pero supuesto
que ella no ha dado motivo,
no saldrá; yo la defiendo. *Vase.*

*Dice el primer verso con suma humildad
y dulzura, y en ademan de ir á dete-
ner á Don Roque.*

Fel. Perdone vm... amo mio...

Què he escuchado? ¿ es èste el mesmo
que yo juzgaba rendido?

¡ incauta! ¿ por un rezelo
sutil habré malogrado

tanto afán, tantos desvelos?

¿ Mas que digo? ¡ malograrse!...

Ha sido el rapto primero
de la cólera; despues
podrá calmarse... yo tengo

la culpa: continuamente
á Ambrosio estoy previniendo,
y yo soy mas imprudente
que él... No importa,
aun hay remedio.

Bien lèjos de desmayar,
conviene tomar aliento.

¡ Amigo Cárlos!

ESCENA XII.

Felisa y Jacinto.

Jac. Señora.

Fel. ¡ Ay! ¿ sabes que me he indispuerto
con el amo?

Jac. ¿ Como? ¿ vos?
¿ por què?

Fel. Porque me intereso
en su bien. Como esa Laura
no hace falta, le aconsejo
que la despida: se pone
al instante tan soberbio,
tan tenaz en defenderla...
Yo previniendo los riesgos
le amenacé, con que al punto
una de las dos habrèmos
de salir. ¿ Ahora crearás
que ha tenido atrevimiento
para decir que me vaya,
si quiero, baxo el supuesto
de que Laura ha de quedarse?

Jac. Ciertamente, me sorprehendo.
Es verdad que èl es afable;
pero al fin es amo.

Fel. Cierto.
Yo tambien sin reflexion...
ya se vè, me causa tedio
solo el verla.

Jac. ¿ Con què en nada
os ofendió segun eso?
Pues amiga, si Don Roque
está con ella contento,
¿ á qué incomodarle? ¿ á qué
si no teneis fundamento
para temerla, quereis
agraviarla?

Fel. El mal està hecho:
lo que importa es repararle.

Jac. Eso es muy fácil; en siendo

esposa del amo, Laura
no os causará detrimento.

Fel. ¡Ay, amigo! ya juzgaba
por seguro el casamiento,
y solo por mi imprudencia
le he atrasado.

Jac. Pero luego
os reconciliais...

Fel. Sí, al punto:
aun quando me humille. Espero
que me favorezcas.

Jac. Bastan
vuestro rostro y vuestro ingenio
para vencerle.

Fel. Con todo,
no me abandones, te ruego.

Jac. Jamas, señora... Ya viene,
y muy pensativo.

Fel. ¡Bello
anuncio! Déxamos solos,
que importa no perder tiempo.

ESCENA XIII.

Doña Felisa y Don Roque.

*Sin ver à Doña Felisa, que estará à
un extremo del teatro sentada.*

Roq. Soy desgraciado, lo soy.
¡Cómo me porto con ellos!
¡y cómo me pagan! ¡vaya!
¡Y Doña Felisa! pero
tambien ya me precipito;
fuí demasiado ligero:
me propasé...

Fel. ¡Ay! ¡demasiado! *Sollozando.*
Sin piedad, sin miramiento...

Roq. ¡O! ¡que ahí estabais, señora!

Fel. Este es de mi afan el premio.
¡Ay de mí! despedazar
un corazon puro y tierno,
que nunca pudo esperar
semejante tratamiento
del que amaba.

Roq. Si ya digo
que me excedí; si confieso
que no he sabido...

Fel. Despues
de este golpe tan acervo
aborrezco el mundo; iré
á buscar el mas secreto
retiro, y allí ignorada...

Roq. Vaya, por Dios, que olvidemos
lo pasado.

Fel. ¡Ay! nunca, nunca
lo olvidaré.

Roq. Todo aquello
fué una vagatela, nada.

Fel. Ya sè el amor que os merezco:
ya lo conozco; lo visto
me basta para escarmiento.

Roq. Doña Felisa, señora;
creame vm., soy siempre el mismo,
siempre; y mis palabras son
leyes para mí.

Fel. ¡Qué intenso
será el amor, quando asi
me despide vm.!

Roq. Primero
fué vm. quien se despidió.
Yo, no hay duda, tengo el genio
muy vivo; pero despues,
ya lo vé vm., me arrepiento.
¿Y aun se mantiene vm. firme?
¿obstinada?

Fel. Me mantengo
firme en serviros, y en que
esa Laura...

Roq. Que no hablémos
mas de Laura; la aseguro
que en esta muchacha encuentro
muchas virtudes. ¿Amarla?
no señora. ¿Estaba ciego,
ó loco? ni era posible.
En fin, si nuestros deseos
se logran, siempre es preciso
recibir...

Fel. ¿Con que no tengo
que temerla?

Roq. No: en la vida.
Sobre todo yo no puedo
por una leve contienda
dar lugar á un rompimiento.

Fel. Pues yo ya habia jurado
en mi interior...

Roq. ¿Con que debo
esperar?... ¡He! no dudeis.

Fel. Qué mas quiere vm. Ya cedo;
vuestra soy.

Roq. ¡Muger amable!
tú eres todo mi universo.

ESCENA XIV.

Los dichos y Ambrosio.

Ambr. ¿Parece que vm. despide á Laura? Yo no tolero tal desayre.

Roq. No hay tal cosa.

Ambrosio, ántes conocemos que es muy buena.

Fel. Sí: yo misma, aunque al principio me he opuesto, veo que es útil.

Ambr. Está bien.

Fel. Y ahora mismo voy adentro á instruirla, para que acierte á serviros con esmero. *Vase.*

Se paséa dirigiendo, segun indican los versos á veces la palabra á Don Roque, que estará sentado y profundamente pensativo.

Ambr. Me parece que bastaba que mi amigo Don Anselmo la enviase, para que todos la miráran con aprecio: que yo tampoco he dexado de informarme de secreto, y á una voz la alaban quantos la conocen. A mas de eso, ¿hay mas que ver su modestia, su compostura, su aseo? ¿No es verdad? ¿Y de salario qué la daré? Vm. es dueño. ¡Señor! oye vm.? ¡qué flema! Está con el pensamiento mil leguas distante; acaso si ya el ama de gobierno le consultó... ¡Señor!... ¡vaya! que el tal señor es molesto. ¡Señor!

Roq. Espérate: mira que me hace falta dinero.

Ambr. ¿Y el que trage?

Roq. Necesito mas.

Ambr. Pues todos los renteros han pagado: ya lo he dicho. Yo aunque quisiera, no tengo un quarto. Se venderá una casa, no hay remedio.

Roq. Hombre, ¡vender!

Ambr. Pues si no, busque vm. un usurero

que le preste: ya lo he dicho.

Es menester un plan nuevo de economía: entre tanto que vm. maneje el dinero, ¿qué ha de suceder? Si yo, que me parece lo entiendo, me embarazo en muchas cuentas, vm. que dexó el comercio tanto tiempo hace, ¿qué hará puesto en negocios ajenos de su inspeccion?

Roq. Bien está:

vende el solar mas pequeño:

Ambr. Si es así. Pues al instante voy de modo á disponerlo, que gane vm., si es posible, la mitad.

Roq. Te lo agradezco.

Ambr. En esta venta podré ganarme yo el diez por ciento. *Aparte. Vase.*

Despues de alguna pausa.

Roq. Sí: es lo mejor; no es posible el traspasar los derechos de naturaleza. Es mi hijo: si fué ingrato, si perverso, no por eso debo yo abandonarle; y aun puedo esperar... ¡ah! ¡si algun dia le viera!... ¡inútil deseo! Ahora ¿á quién encargará este asunto? Jorge es bueno, pero pudiera perderle por un cariño indiscreto. Doña Felisa y Ambrosio no lo aprobarán, lo veo. Si Carlos... Carlos es fiel: su virtud y su talento justamente le hacen digno de mi confianza. Ni tengo

que descubrir... ¿para qué?

Le diré lo que pretendo, sin nombrar á nadie. En fin, le hablaré. ¡Carlos! Ya advierto *Llaman-do.* la dicha que cabe á un pecho, qué tarde siguió la senda de la virtud. A lo ménos con una amable familia...

Llamando con campanilla.

¡Carlos! ¿No está en su aposento?

Don Roque y Jacinto.

Jac. Señor

Roq. Mira, voy á darte una prueba del aprecio que hago de tí,

Jac. ¡Quán dichoso en serviros me contemplo!

Roq. Buen amigo, me parece que hoy mismo hice recuerdo, hablando contigo de un pariente cercano.

Jac. Es cierto, é inferi que era la causa de todos vuestros tormentos.

Roq. Tú lo dixiste. El sería de mi corazón el dueño, si ménos malvado...

Jac. ¡Qué! ¿os ha ofendido en efecto?

Roq. ¡Ah! continuamente,

Jac. ¡Cómo!

Roq. Perdoname, si reservo abrirte mi alma á ocasion en que mas despacio estemos

Jac. Bien, señor; pero si acaso vuestra confianza merezco, yo os pido no os olvideis de esa promesa. Rezelo que no es tan culpable, no; que de la envidia el veneno...

Roq. ¡Oxalá que fuera así! en fin, perdónele el cielo.

Yo tengo que disponer de mis bienes, y no quiero, siendo un hombre infame, darle con mi socorro fomento á sus vicios; mas tampoco á abandonarle me atrevo. Si tiene hijos é inocentes, pagan los enormes yerros de su padre, abandonados á la miseria... no pienso una vez en esta imágen sin lágrimas... Eso intento: saber si tiene familia, si está pobre.

Jac. ¡Qué violento *Aparte* me es el callar! ¡Almas viles! ¡de qué corazón tan tierno me habeis privado!

Roq. ¿Qué tienes?

Jac. No extrañeis, si me enternezco. Mas perdonad que os pregunte, ¿con qué fin quereis saberlo?

Roq. Para tenerlos presentes al hacer mi testamento. ¿No te parece?

Jac. ¿Y en tanto han de padecer? Yo pienso que esa donacion carece de mérito. El opulento vé ya abrirse su sepulcro: ¿qué mucho, si huyó ya léjos la esperanza de gozarlos, que ceda entonces muriendo sus tesoros?

Roq. Pero entónces da una prueba de su afecto á la persona, á quien quiere elegir por heredero.

Jac. ¡Y qué estéril fué el cariño que escuchando los lamentos de la indigencia, guardó hasta el postrimer aliento sus auxilios! ¿y qué vale, quando ya le encubre el velo de la muerte? Ya sus dones parecen mas bien efecto del amor propio. *Yo mando, yo quiero*, son los primeros vocablos que se descubren en qualquiera testamento. Parece que de la vida se extingue al fin el imperio, y aun el de la voluntad quiere hacerse mas extenso.

Roq. Tienes razon. Cada vez admiro mas tu talento y tu virtud: ¡qué bella alma! Yo por ahora suspendo mi intencion. Es menester, (amigo, fio en tu zelo) es menester informarse del estado de mi deudo. Tú buscaràs quien conozca en dónde está algun sujeto...

Jac. ¿Dónde está? decidme

Roq. En Cuellar está ya hace mucho tiempo.

Jac. ¿En Cuellar? Pues cabalmente, en nuestra casa tenemos quien lo sabrá.

Roq. ¿Cómo?

Jac.

Jac. Laura es natural de ese pueblo,
y recién venida.

Roq. ¡ Laura! ¡ No sabes cuánto me alegro!
¡ es muy amable!

Jac. ¿ Quereis que la llame?

Roq. Sí: pretendo
exâminarla, y despues
informarme de secreto
por quien ella diga. Antes
voy á prevenir, que quiero
recogerme, para que
nadie venga á mi aposento.
¡ Laura! Se estremecerá *Téndose.*
al contar sus desaciertos. *Vase.*

Jac. Llegó el instante, llegó
mi ventura. ¡ O! Dios inmenso,
defensor de la inocencia,
pon en sus labios el fuego
de la virtud, que nos abra
de mi triste padre el seno.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Don Roque y Laura.

Laur. ¿ Cómo le hablaré?... ¡ Buen Dios! *Ap.*
sostén mis débiles fuerzas.

Roq. Laura, acércate.

Laura. Señor.

Roq. ¡ Si supieras que no cesa
de ofrecerse á mi memoria
tu desgracia!

Laura. Ya aunque fuera
mas cruel, con ménos susto
mi corazon la recuerda,
habiendo podido á vos interesaros.

Roq. Cualquiera se interesará.

Laura. ¡ Ah, señor!
mi gratitud será eterna.

Roq. Se me olvidó preguntarte,
¿ de dónde eres?

Laura. Soy de Cuellar.

Roq. ¿ Y nunca de allí saliste?

Laura. Allí ví la luz primera;
y allí mi morada ha sido
hasta ahora.

Roq. ¿ Es buena tierra?

Laura. A lo menos desconocen
sus moradores la negra
perfidia de las ciudades;
y á lo ménos allí alienta
libre la virtud.

Roq. Con todo,
aunque mas los buenos sean,
tambien malvados habrá.
Y una villa que no dexa
de ser freqüentada, al fin...
y pienso que allí hay bandera
de Dragones.

Laura. Sí señor.

Roq. Y aun deberá estar en ella
un soldado, que por ser
mi pariente, me avergüenza.

Laura. ¿ Quién es? Le conoceré tal vez.

Roq. ¡ O! no me interesa
casi nada; y luego ¿ cómo
es posible que tú sepas
entre diversos?... Su nombre
es Jacinto de Contreras.

Laura. Le conozco.

Roq. ¿ Le conoces?

Laura. Sí señor.

Roq. ¿ De qué manera?

Laura. Por su virtud. Un acaso,
ó mas bien la providencia,
le traxo á mi casa á tiempo
que el dolor y la miseria
nos cercaba. Su bondad
nos salvó; la menor deuda
fué la vida de mi padre:
á él se la debí. ¡ Ah! sus prendas,
dignas de mejor fortuna,
el afecto le grangean
de todos: honrado, justo, sencillo...

Roq. ¡ Vaya! esas señas
son de otro. Si el que yo digo
tiene el alma mas perversa.
En nada absolutamente,
en nada éste se asemeja
al que dices. Ha cubierto
á su familia de afrenta:
se huyó, sentó luego plaza;
y al último, para enmienda,
se ha casado allá en su pueblo
con una vil mugerzuela,
incógnita, desastrada;
en fin, una aventurera.

Laura. ¡ Ah! no lo creais; es falso;
es falso, señor. Contreras
se casó; pero su esposa,
desde su iufancia primera,
aprendió virtud, siempre
en su pecho la conserva;
inocente en sus acciones,
cándida, dulce y modesta.

Se enamoró de un soldado, es verdad: ¿y qué, si él era digno de su amor? Sus padres bendixéron con inmensa alegría su elección: desde entónces en pobreza han vivido; pero siendo exemplo de una perfecta y santa union... ¡Almas viles! ¿en qué pudo su inocencia ofenderos?...

Roq. Pero, Laura: ¿qué es esto? ¿por qué te empeñas en defenderla?

Laura. ¡Ay señor!... *Con entusiasmo.* yo me defiende á mí mesma.

Roq. ¡Qué! ¿serás tú?...
Se arroja á sus pies llorando.

Laura. Sí: yo soy vuestra desgraciada nuera; perdonad: ¡para callar me faltó la resistencia!

Roq. ¡Buen Dios! ¡es posible! ¡Laura!

Laura. Si señor: ved aquí llena de desconsuelo á la esposa de vuestro Jacinto; vedla implorar vuestra piedad por el infeliz, que fuera víctima de la perfidia. *La levanta.*

Roq. Alza, hija mia: no temas. Laura siempre es á mis ojos amable; pero no creas que por eso Jacinto es ménos culpable. Tú intentas disimular sus errores conmigo, porque eres buena esposa. Sí: tu candor desde ahora te liberta de su odiosa compañía; mas él...

Laura. ¡Ah! romped la niebla que os encubre sus virtudes, y perdonadle en su ausencia hasta que le conozcais.

Roq. ¡Conocerle! Nunca sea. Yo sé bien que habrás venido, porque su maldad te era insoportable; y sin duda á ver si viéndote puesta baxo mi amparo, cedia y lográbamos su enmienda. Te ampararé; sí: te ofrezco...

Laura. ¡Ah, padre mio! que os ciega el error. Jacinto es digno de vuestro amor y ternera.

Tambien vos mismo ultrajabais engañado la inocencia de su esposa: vuestro hijo ha sido tambien, qual ella, acusado injustamente.

Roq. En quanto á ti no se niega; pero de él he tenido datos de mucha certeza.

En fin, yo me informaré...

Laura. Escuchadme, ántes siquiera.

Roq. Luego hablaremos: Ahora conviene no dar sospechas á la familia. Hablaremos: me dirás quanto tú quieras; pero, hija mia, te encargo que guardes silencio; es fuerza disimular. Solamente voy á decir que mi nuera eres, á Doña Felisa. Se ha de alegrar, que es muy bueno á Dios.

Laura. Mirad que impaciente ya mi corazon desea desahogarse en vuestro seno.

Roq. Volverè. ¡Qué alma tan bella!

ESCENA II.

Laura, Jacinto, y despues Jorge.

Jac. ¡Esposa mia! *Se abrazan.*

Laura. ¡Jacinto!

Jorge. Vamos, no hay que andar en fiesta se lo va á contar al ama; y levantará una gresca de mil diantres. Mejor es, que aquí vm. no se detenga.

Jac. Sí, mi bien: retírate á tu quarto ántes que venga.

Laura. Dios vela sobre nosotros.

Ya yo triunfè: nada temas.

Jorge. Pues ahora voy á hacer lo que dixè á vm. Es fuerza indisponer á Madama, y al Ambrosio con cautela. Voy á buscarle, y decirle que su amada compañera le está burlando, y dirige entretanto sus idèas à enganchar al amo.

Jac. ¡O! no. De ese modo manifiestas mi secreto.

Jorge. ¡Qué reparo! Es lícito encender guerra entre enemigos comunes.

Ambrosio

Ambrosio apenas lo sepa, se enfurece con Madama: todo será gritos, quejas, amenazas... Es un gusto el presenciar la contienda de dos malvados. Sin eso, ¿quándo los buenos pudieran sosegar? Voy, voy allá. *Vase.*

Jac. De la amistad verdadera he aquí un exemplo. Los malos tal vez cómplices encuentran; pero amigos solamente permite el cielo que sean los buenos.

ESCENA III.

Jacinto, y Doña Felisa muy acelerada.

Fel. ¡Ah! ¡Cárlos, Cárlos!... ¿no sabes ya... (yo estoy muerta)... la novedad?...

Jac. ¿Cuál, señora?

Fel. Que Laura, amigo, es su nuera: se le ha descubierto.

Jac. ¿Cómo?

Fel. ¡O! la noticia es bien cierta.

Jac. ¿Pues quién pudo?

Fel. El amo mismo me lo ha dicho.

Jac. ¿Con que es esa la muger del hijo?

Fel. ¡Ay! sí. No eran vanas mis sospechas;

mi corazon no es traidor;

¡si desde la vez primera

me disgustó! Mira tú, quando mi dicha se acerca,

¡aparecerse! ¡frustrar

todo mi afan y cautela!

Amigo, ya es necesario irme yo, si Laura queda.

Jac. ¿Pero teméis?...

Fel. Tú tambien saldrás. Es preciso tengas, siendo el privado, la suerte que á tu protectora espera,

Jac. En verdad yo sentiré mi desgracia por la vuestra.

Fel. Mas aun podemos hacer de modo que salga ella, y nosotros nos quedemos.

Jac. ¿Salir ella?

Fel. Sí.

Jac. ¿No os cuesta repugnancia?

Fel. Hay un arbitrio, que es sostener, y dar pruebas

de que no es muger del hijo. *Aparte.*

Jac. ¡O Dios! ¡qué maldad! ¡qué negra traicion! ¿Mas cómo, señora?

Fel. Tengo la trama dispuesta, y me ha de servir el mismo Jacinto.

Jac. De qué manera?

Fel. Viniendo una carta suya en que dé á entender que en Cuellar está su esposa.

Jac. ¿Qué he oído? *Aparte.* ¡cielos!... ¿quereis contrahacerla?

Fel. ¡O! no; que entónces sería una impostura tremenda.

¿Cómo habia de atreverme á cometer tal vileza?

Y sobre todo, que el amo conoce muy bien la letra.

Eso no, amigo. Ya sabes que en mi poder se conservan muchas cartas de Jacinto...

Jac. ¿Y bien?

Fel. Nos sirve una de ellas.

Jac. ¿Y la fecha?

Fel. Se le muda.

Ambrosio luego aparenta haber estado con Torres, de quien ella traxo esquela,

y con una relacion, bien estudiada y compuesta, dará principio al ardid:

yo mostrando resistencia á creerle, al mismo tiempo le apoyo con sutileza:

en esto viene la carta, y ya es la victoria nuestra. ¿Qué tal?

Jac. ¿Y si ella quizá, al amo entónces presenta sus documentos?...

Fel. ¡O! no; libre está de que él la vea.

Jac. ¿Estais segura?

Fel. Lo estoy, como tú me favorezcas.

El amo queda á mi cargo, y al de Don Ambrosio y miéntras tú, para que ella no entre, cuidarás de entretenerla.

Jac. Me agrada el encargo. Ofrezco el no separarme de ella.

Fel. Amigo, aqui viene el amo.

Todo mi talento apenas me basta para fingir. Retírate ya, y no pierdas el tiempo.

Jac. En breve, señora, vais á quedar satisfecha. *Vase.*

ESCENA IV.

Felisa, y D. Roque profundamēte pensativo.

Fel. ¿Parece, señor, que estais conmovido? ¿qué os altera?

Roq. Es natural.

Fel. Cierito. ¿Y dónde está?...

Roq. Me parece queda en su quarto. Mas señora, decid, ¿no es amable?

Fel. Es bella, es excelente.

Roq. Al principio os engañó.

Fel. ¿Quién lo niega?

Ahora que la conozco, cierto que me da vergüenza.

A la primera vista siempre se juzga con ligereza.

Roq. ¿Si nos habrá sucedido, y mucho mas en la ausencia, otro tanto con Jacinto?

Fel. ¡Ay, señor! ¡qué diferencia! ¡oxalá no nos sobraran en contra de él tantas pruebas! Sus cartas...

Roq. Sí: ya lo sé.

Con todo, en sus vicios ella no tiene parte.

Fel. Ninguna.

Eso es juzgar con prudencia, sin confundir al iniquo con el bueno.

Roq. Sí: muy buena: tan modesta, tan humilde...

Fel. Y aquel ayre que interesa desde luego. Bien que á mí me basta ser cosa vuestra para amarla.

Roq. ¡Qué bondad!

Fel. ¡O! mi pecho solo anhela vuestra dicha.

Roq. ¡Qué muger!

¿Pero Ambrosio tan de priesa?...

¿qué querrá?

Fel. Como acostumbra, será alguna vagatela.

ESCENA V.

Dichos, y D. Ambrosio muy apresurado, aparentando una gran sorpresa y turbación.

Roq. ¿Qué es eso?

Ambr. ¡Ay, señor! estoy de cólera y de vergüenza...

¡Qué infamia! Me han engañado...

¡Válgame Dios!...y qualquiera se engañaría... Esta Laura,

que entró aquí por mi imprudencia...

Fel. Vamos, ya sé lo que quiere decir...

Ambr. ¡O! ¡nadie lo acierta!

Fel. Y en verdad que no es motivo para que vm. forme queja.

Ambr. ¡Voto va!... ¿Con que el saber?

Fel. ¿El qué? que Laura es la nuera del amo...

Ambr. ¡Todo al contrario!

Señora, ni lo es, ni sueña en serlo.

Roq. ¿Qué no?... *Atónito.*

Ambr. Lo dicho.

Es una muger de aquellas, que abundan tanto en el mundo.

Ahora me encontré á la puerta á mi amigo, que venia

á avisarme á toda priesa que le habian engañado

tambien, por no conocerla.

Volviendo siempre á mirar á Don Roque.

Fel. ¡Vaya! no creo...

Ambr. ¡Señora!

Oígame, y tenga paciencia.

Roq. Será algun cuento.

Ambr. No es tal.

Escuchen vms. Ella estuvo en Cuellar, y supo

que Jacinto tiene en esta corte un pariente que dicen

ser rico: toma las señas, indaga las circunstancias,

viene luego, y se presenta fingiendo ser muger suya.

Este es el caso á la letra.

Roq. ¿Qué dices, hombre?

Fel. ¡Es posible!

Roq. ¡Vaya! ¡No dudes, intentan halucinarnos, Ambrosio!

Aquel candor que demuestra...

Ambr. ¿El candor? ¡Ay, señor mio! fie vm. en apariencias.

La tal niña sabe hacer qualquier papel con destreza.

Conoció el genio de vm., y hétela al instante vuelta

una santa. Don Anselmo me informó bien de sus tretas y artificios.

Fel. ¡Pero qué!

¡fingir aquella modestia!...

Lo que sí tengo observado, que á Jacinto no le mienta.

Roq. Si yo se lo he prohibido.

Ambr. ¿Y si su marido fuera, lo cumpliria?

Fel. Es verdad. Mostrar tanta indiferencia no era fácil. Ahora bien: ¿y dónde el marido queda?

Ambr. Esa es otra.

Roq. ¿Qué sabemos?

Puede ser que no se atreva...

Ambr. ¡No atreverse!

Fel. Sí... ya, viendo el favor que la dispensa vm...

Roq. Pero su esperanza, (yo pierdo el juicio) ¿quál era?

pues al fin tarde ó temprano debía ser descubierta.

Ambr. ¿Quál era? estafarle á vm., y despues tomar soleta.

Fel. Hasta ahora no tenemos mas que presuncion.

Roq. Y es fuerza aclararlo; es menester...

Ambr. Despedirla.

Fel. ¡O no! prudencia.

Sin escucharle primero á ninguno se condena.

¿No es verdad? *A Don Roque.*

Roq. Cierto que sí.

Llamarla á ver su respuesta.

Fel. Es así... ¿pero quién viene?

Levantándose.

ESCENA VI.

Dichos, y Julianito con una carta, que entrega á Doña Felisa.

Jul. Señora, esta carta...

Fel. Venga. Pues de Cuellar es el sello.

Roq. ¿Qué dice vm.? Puede que ésta nos sirva... ¡pluguiera al cielo!

¡Si Jacinto... ¿pero en ella qué dirá?

Fel. ¿Qué quiere vm. que diga? Mil insolencias.

En el lugar de vm. yo,

la verdad, no la leyera.

Roq. Sí: puede ser que nos saque de dudas.

Se la entrega, y Don Roque lee para si.

Fel. Pues bien, leedla.

Roq. ¡Válgame Dios! Yo no entiendo este lenguaje: me llena de confusion.

Fel. ¿Pues qué dice?

Roq. Es preciso la sorprenda á vm. Dice de este modo.

En tono de lectura la prosa señalada con comas.

Amado padre...

¡ah! ¡qué aunque tarde, se acuerda al fin de tan dulce nombre!

Despues de haberos escrito veinte cartas, todavía me atrevo á repetiros la memoria de vuestro hijo.

¿Que veinte cartas son éstas? ¿señora? ¿quándo escribió?...

Fel. Yo no entiendo cuáles sean: tres solas se han recibido; bien lo sabe vm.

Roq. ¡Qué idéa!

Fel. Pero siga vm. leyendo, porque eso nada interesa.

Roq. «Laura, mi querida Laura, es quien me anima á implorar de nuevo vuestra piedad. Ella baña con su llanto estos rasgos, dirigidos á un padre benigno. No desecheis, señor, su ruego. Se halla enferma sin poder salir de nuestro pobre alvergue; y estas palabras, que me dicta, son hijas de su inocencia y su candor. Quiera el cielo que la cumplan su deseo de estrecharse en vuestro seno paternal, juntamente con vuestro desgraciado hijo.

«Jacinto Contreras.»

Lo que admiro en esta carta, que es en todo muy diversa de las demas.

Fel. No señor: ahora no se detenga vm. en eso. Otra cosa es la que á mí mas me lleva la atencion. Ahora sí que confirmo mis sospechas. ¿No dice que Laura está sin salir de casa, enferma, que es quien le dicta la carta, y que la baña con tiernas lágrimas? Pues ya la trama de esta otra es manifiesta: no queda duda.

Ambr. En efecto: es clara la consecuencia. Me alegro que haya un testigo tan fuerte, para que vean que quando hablo... ¡pero qué! si yo tenia evidencia... si Don Anselmo...

Con mucho sentimiento.

Roq. ¡Infeliz! ¡me ha engañado!

Fel. ¡Qué perversa!

Vamos, señor: á no verlo, tampoco yo lo creyera.

Ambr. ¡Infame! Es una maldad horrible. Mas no se pierda el tiempo; voy al instante á despedirla. Pudiera una muger de esa clase ocasionarnos mil penas en un minuto: ¿quién sabe? Hasta salir de la puerta no la he de perder de vista. Voy allá.

Roq. No, Ambrosio, espera. Quiero verla, y despedirla yo mismo. Dila que venga.

Fel. ¿Cómo? ¿vm.? ¿qué disparate!

Roq. Sí, yo mismo. Quiero hacerla confesar, é intimidarla, para que si acaso intenta engañar en otra parte...

Fel. ¡Ah! no piense vm. en verla. Nada ménos. La tal niña desconoce la vergüenza, y léjos, de producir un espíritu de enmienda los consejos, al contrario, viéndose ya descubierta, Dios sabe lo que diria:

¡Jesus! ¡y una alma tan tierna como la de vm. ... si yo es imposible pudiera contenerme! ya se vé;

para un corazon que sea sensible, hallarse engañado es la pena mas acerba.

No, amo mio; esa traidora conviene desaparezca al momento. Echela vm., Ambrosio, ántes que anochezca, sin escándalo ni ruido.

Ambr. Bien, bien. De esa diligencia me encargo yo; ¿pero á qué quiere vm. que se suspenda hasta la noche? Ahora mismo la recetaré mi arenga.

Roq. Sin tratarla mal.

Fel. ¡O no; ni hablarla con aspereza. Que se vaya.

Ambr. Verà vm. qué pronto libres nos dexa.

ESCENA VII.

Dichos y Jacinto.

Al ir á salir Ambrosio, Jacinto se pre-

sentá, y le detiene: al oírle manifiestan todos grande sorpresa.

Jac. Suspenda vm., le suplico, un instante la sentencia.

Fel. ¿Pues cómo?..

Jac. Escuchad, señor.

Me ha confiado sus idéas

Doña Felisa, y conviene declararos quanto sepa.

Fel. ¿Y qué significa?... Cárlos.

¿Por ventura se opusiera?..

Jac. Sí: se opone á la injusticia.

La verdad que hable le ordena: ni es justo que por vm. mas la inocencia padezca.

Fel. ¡He! ya infiero todo el caso.

Laura tiene gentileza, es jóven, le ha enamorado, y por eso se interesa en su favor.

Ambr. Y no hay duda:

Doña Felisa lo acierta: está patente el secreto.

Roq. No. Justo es que se le atienda.

Cárlos es hombre de bien.

Jac. ¡Ah, señor!... Si vm. no lleva á mal contestarme... *A Doña Felisa.*

Fel. ¿A qué?

Jac. Perdonad mi impertinencia.

¿Decís que Jacinto ha escrito una carta?

Fel. Si: por señas

que ese sello... y sobre todo el que conozca su letra podrá afirmar.

Jac. Pues sabed

que ni él ha escrito de Cuellar, ni ya está allí; no señora.

Está en la casa paterna ha mucho tiempo. Por fin,

de una vez quede deshecha vuestra intriga: soy yo mismo.

Cada uno debe manifestar diferente passion, y en su situacion debe descubrirse la confusion, la admiracion, &c. El estudio de los actores vale mas que todas las advertencias que pudieran hacerse.

Fel. ¡O cielos!

Ambr. ¡Posible fuera!

Roq. ¡Qué ¿Cárlos será?... ¡buen Dios!

A Don Roque con ternura.

Jac. Víctima fuí de la negra perfidia de estos malvados.

Por ellos en la miseria siempre he vivido: por ellos

incógnito en la presencia de mi padre quise dar á conocer mi inocencia.

Ambr. ¡Qué patrañas! ¡Vaya! todos han perdido la chaveta.

Jac. Esperad. Yo mostraré testimonios que os convenzan.

Saca una cartera, y de ella los papeles que expresa.

Fuí soldado; y ahí teneis, padre mio, la licencia, y una certificacion, que mi conducta comprueba durante el servicio. Pero ¡quán distintos, señor, eran los informes de estos viles!...

Aquí está la fé de muerte mi madre, que al fallecer me encargó á vm. como prenda

A Doña Felisa.

de sus amores: mi fé de bautismo; y en fin, estas cartas, en que esa muger me manda no comparezca en Madrid, y me prohíbe que nunca á escribiros vuelva, y... qué se yo... Sí señora reconozca vm. la letra.

Presentándoselas á Doña Felisa.

Ved como logró despues el reducirme á la extrema necesidad de seguir la milicia. Aquí lo expresa esta razon del dinero que me daba de asistencias.

Don Roque habrá ido leyendo de paso todos los papeles. Unas veces manifiesta la mayor confusion: otras compasion: echará algunas miradas de indignacion, é ira á Doña Felisa y Ambrosio, y queda luego sumamente agitado fixos los ojos en Jacinto.

¿Qué mas, señor?... pero ¡qué... Desechad todas las pruebas que presento: oid tan solo las inspiraciones tiernas de la sangre: oid á vuestro corazon: él os revela: él clama que es vuestro hijo el que con su llanto riega vuestras plantas.

Se arroja á sus pies, y Don Roque le levanta despues de una breve pausa, y

le abraza llorando. Así permanecen hasta que sale Luana.

Roq. Sí, hijo mio.

ESCENA VIII.

Los mismos y Jorge.

Jorge. Y si alguna duda queda, yo puedo ser buen testigo, que desde su edad primera le conozco. Sí señores:

A Ambrosio y Felisa.

ya no me muerdo la lengua: la verdad es una: ello me explicaré con rudeza; pero quanto yo dixere es la verdad pura y neta.

Viendo á Laura á la puerta.

¡Eh! Salga vm., señorita, que ya no hay nadie que pueda estorbaros el llegar.

ESCENA IX.

Los dichos y Laura.

Sale precipitada á echarse á los pies de Don Roque, y éste se lo impide.

Laura ¡Ah! ¡padre mio, clemencia!

Roq ¿Qué dices? ¡Laura! ¡Jacinto!

perdonad tantas ofensas, que un error...

Jac. ¡Ah! no señor. Este momento compensa todos los males pasados; y ya su memoria aumenta nuestro placer.

Con indignacion á Doña Felisa y Ambrosio.

Roq. Huyan léjos al punto de mi presencia, ó mi cólera...

Laura. Tened.

Jac. Sosegaos: ellos llevan el castigo mas cruel, mas atroz, en su conciencia.

Roq Corazones insensibles!

¿Tanta fué vuestra dureza, que cifrabais vuestra dicha en las desgracias ajenas?

¿en hacer desventurada esta familia?... ¡Me llena de horror! Ni sé donde estoy.

Parece que de una inmensa obscuridad he salido á gozar una nueva luz.

¡Ah! ¡yo no puedo explicar

el

el placer que experimenta
mi corazón!... ¡Pero qué!...

A Doña Felisa y Ambrosio.

¿todavía?... ¿acaso intentan acabar?...

Fel. No tema vm.

Aunque un reyno me valiera,
no me quedára. Yo voy
en mi interior satisfecha.

Sé que mi único delito
ha sido haber dado rienda
á una pasión, que... por fin,
puede que vm. se arrepienta,
y bien pronto; pero no,
no espere vm. que yo vuelva.

Ahí tiene vm. sus hijitos,
que premiarán terneza.

Roq. ¡Infame!

Jorge. ¡Gran mogigata!

A Ambrosio en ademán de irse.

Fel. Vámonos. Vm. ¿qué espera?

Ambr. ¿Qué espero? Qué vm. se aparte
de mi vista. Si no hubiera
creído yo á sus engaños,
tal vez mas aprecio hicieran...

Jac. ¡Sí! Que el mancebo por sí
tiene las mejores prendas...
Váyanse al punto, y ajusten
allá en la calle sus cuentas. *Los echa.*

Gracias á Dios que quedó
por los buenos la pelea.

Roq. ¡Y yo pude tanto tiempo
darles crédito en ofensa
de dos almas inocentes!...

¡Hijos! perdonad mi ciega abstinacion.

Jac. ¡Oh! no hablémos
de nuestras antiguas penas
Hemos padecido, sí;
pero ¿por ventura erais vos feliz?

Laura. ¿Y quién, señor,
en tan dulce instante piensa
en una imagen?...
Roq. ¡Ay Laura!

Este instante me recuerda
mis errores. Abracé

de la virtud mas perfecta
el estado; pero ¡ay triste!
mi juventud inexperta
no por ella le abrazó!
¡quán venturoso viviera,
si hubiese sido virtuoso!
mi celibato! ¡siquiera
hubiese una vez vencido

del error la densa niebla
que ofuscaba mis sentidos!
¡y condescendido hubiera
con los deseos sinceros
de tu buena madre!... Eterna
hubiera sido la dicha,
que ya tarde lisonjea mi vejez.

Jac. No mas, señor.

¿Qué satisfaccion mas plena
que ese reconocimiento
de vuestra antigua flaqueza?
Pero á otra cosa: han venido
unos niños que contestan
ser parientes, y se hallan pobres.

Roq. ¿Y por qué no llegan?

Jorg. Los echó Doña Felisa noramala.

Roq. ¡La perversa!

Jorg. Mas Jacinto me dixo
que les pidiera las señas de su posada...

Jac. Y espero que socorraís su indigencia.

Roq. Sí: de hoy mas dedicaré
los pocos dias que me restan
de vida á hacer todo el bien,
que libre un tiempo pudiera
haber hecho. Desde ahora
ya es tuya toda mi hacienda.

Jac. Y Jorge, mi buen amigo...

Jorg. ¡Qué va que vm me avergüenza?

Jac. ¿Cómo podremos pagarte
de nuestra dicha la deuda?

Jorg. ¿A mí? Si lo que he hecho yo
¡vamos! lo haria qualquiera.

Roq. Así tambien yo la mia
le deberé. Tú le premia
como merece. ¡Hijos míos!
¿por qué siempre no resuena
en mi oído el grato nombre de padre?

Jorg. No os cause pena;
que si le agrada, dirémos
todos padre á boca llena.

Laura, y Jac. ¡Padre amado!

Roq. ¡Hijos del alma!

Ya nada á mi pecho queda
que desear, sino que en mí
el jóven incauto aprenda.
¡Triste del que injustamente
el himeneo detesta!
¡y triste del libertino
que profanando la senda
de la mas pura virtud,
la corrupcion busca en ella!

F I N.

Con licencia Barcelona; POR AGUSTIN ROCA. *A costa de los librerros Asociados*